

CanCIÓN de Cuna

La alcoba está oscura y el hombre sentado al borde de la camita blanca. No hay rumor, alguno, ni hace falta el rayo de luna a través del ventanal.

Por Rafael Guizado

Así quería que estuvieras, dormidita, quieta, para poder hablarte porque aunque parezca mentira, nunca he tenido una larga conversación contigo, a pesar de que llevas ya cuatro años de nacida y hablas con suficiente claridad y en todo te metes y sobre todo opinas. Pero cuando yo quiero discutir contigo, te vas corriendo, o me interrumpes para decirme que te dé dulces, o para preguntarme si mi corbata es realmente mía o si los punteros del reloj pueden andar al revés. Y, claro, olvido lo que deseo hacerte saber y me dejo arrastrar en una charla peligrosa, pues siempre he de quedarme callado en un determinado momento, cuando tu pregunta va más allá de mis conocimientos o hace triunfar tu ingenuidad sobre mi ingenio. Eres terrible, terrible... pero eres tan linda... Nadie puede ser más bello que tú, nadie tiene la suave ondulación de tu frente, ni el dulce caer de tus pestañas, ni la inabarcable rectitud de tu nariz, ni la variada alegría de tu sonrisa. Hija mía... hija mía... Puesto que no me oyes, quiero repetirme este nombre en todos los tonos, muy suavemente, para arrullarte, para que sea más tranquilo y más profundo tu sueño; quiero repetir, hija, porque es el único posesivo por el que siento orgullo; viniste a mi entre un coro de anhelos íntimos, como un gozo rescatado por mil angustias y dolores previos, como un premio inmerecido y no debido a ser ajeno, como un perenne testimonio de pureza. Qué inmenso placer poder hablarte sin que haya entre los dos el abismo de un secreto en tus pensamientos, ni la huella de un dolor en tu alma, ni la cicatriz de un martirio en tu corazón; hablarte ahora, cuando tu voluntad no ha despertado sus alas para separarte de mí. Son ya cuatro años de silencio los que pesan en mi vida, confundidos con cuatro años de adoración torpemente aplicada a tu felicidad.

Dime que me entiendes, aunque mis palabras sean ruidos extraños para la profunda simplicidad de tu pureza, por que no quiero seguir siendo ese desconocido e incomprensible padre cuyos saltos de humor son causa de tu llanto, cuya fría estridente estremece tus nervios, cuya voz a veces abraza un doloroso interrogante en la igualdad inalterable de tu ternura. ¿Qué deseaba decirte? Realmente no lo sé. Me sucede con frecuencia que siento una notoria timidez ante ti; cuando me miras con esos ojos tan brillantes, cuando te acercas y estás en mis brazos con una total confianza, desaparece mi entereza por sentirme tan pobre de alma ante tu alma, tan rico con el bien de tu vida, siendo la mía un triste conjunto de momentos inútiles.

Te acuerdas de que un día... pero no, tú no sabes aún qué es un día; no has medido con termómetro de angustia los minutos de sufrimiento, ni has respirado esperanza con la aurora para llorar desconsuelos en el atardecer. Y, sin embargo, hay instantes en que pareces pensar tan profundamente, que siento sustos del desvelo de tu inteligencia. Te entregas a los elementos con gracia aparentemente estudiada, y sonríes si el viento agita tus cabellos, y hundes lentamente las manos en el agua para tomarla entre los dedos, haciéndola grave por la fuerza de tu candor, y señalas las nubes como a amigos frágiles, y detienes el sol en tu rostro luminoso.

Si, ya sé, en muchas ocasiones haces un esfuerzo sostenido para tratar de comprenderme, y ese deseo de comprensión se convierte casi siempre en un mudo reproche; nada justifica mi empeño en imponer disciplina a tus actos espontáneos; pero, óyeme, aquí muy en confianza, ¿no es verdad que en ocasiones eres insoportable? ¿Por qué te obstinas en hacer con mi jabón de barba una crema de leche para alimentar tu muñeca? ¿Y por qué aprovechas mis distracciones para deshacer el nudo de mis zapatos exponiéndome a una grave caída? Eso está mal, muy mal, te lo aseguro. Quizás yo tengo la culpa, porque unas veces me río de tus travesuras y otras te reprendo con severidad, y tú —claro está— no sabes de dónde viene ese cambio de actitud ante situaciones iguales. Pero es que nunca he podido explicarte el curso caprichoso de mi dispresia. Hay días en que la digestión es normal y agradable, pero horas después se torna martirizante y pone a prueba mis enfermos nervios. Si, si, tienes razón, tú no eres la culpable de eso, pero yo tampoco lo soy y no siempre estoy en capacidad para dominar mi humor.



zante y pone a prueba mis enfermos nervios. Si, si, tienes razón, tú no eres la culpable de eso, pero yo tampoco lo soy y no siempre estoy en capacidad para dominar mi humor.

Tu madre te repite con frecuencia: hay que respetar a las visitas; te advierte —ahora que ella no nos oye— que yo no estoy enteramente de acuerdo con esa idea. Hay visitantes muy pesados y cuando tú les tiras del cabello o les dices palabras impertinentes, siento hacia ti un agradecimiento ilimitado. Y te envidio...! Porque también yo quisiera tener el derecho de desahogarme con ese desahogado, no solamente ante el huésped incómodo sino ante mil personajes rondos, a quienes debo soportar por la obligación fatal de la conveniencia. No te muevas, no te muevas que vas a despertarte, y no podré seguir hablando contigo... ¿Qué más quiero decirte? Espera, aquí tengo varios apuntes, porque yo persisto este momento de confianza desde mucho tiempo atrás, y preparo nuestra entrevista con documentos, para que después no digas que estoy inventando. Oye: ayer me pediste un gato rojo y porque te contesté que no los había, lloraste con ira y violencia, como si yo tuviese la culpa de que el buen Dios se hubiera olvidado de hacer rojos a los gatos. No fuiste justa conmigo. Sabes que sólo pienso en complacerte y sabes cuánto me duele tu llanto. ¿Por qué me pides imposibles? Quizás he debido engañarte diciéndote que procuraría conseguir el gato rojo; un sabio instinto indica a los niños la dulzura del engaño, que es una manera de evitar la violencia con que la realidad destruye las ilusiones. Nunca se nos engaña lo suficiente: el afán de franqueza que muchos hombres exhiben como una virtud, no es en verdad sino la triste disculpa de una crueldad satánica que hiere los corazones y martiriza las conciencias. Mas lo cierto es que me tortura no saber cuándo es provechosa la mentira y en qué momentos debo ser franco contigo. Salimos de paseo y me preguntas: ¿Esa casa es tuya, papá? No sé qué responderte porque ignoro hasta dónde es importante para ti saberme dueño de la mansión —en ese caso sí es mía— o si interrogas solamente por pasar el tiempo, y entonces no me importa no ser dueño de la casa. Porque yo tengo, debo tener, todo lo que tú quieres que tenga. Ya son míos los aviones que cruzan el cielo en las mañanas, y como son míos son tuyos, y puedes decir con alegría "¡Allá va mi avión!" y gritarle que descienda, aunque ya sabes que, por ir tan alto, no te puede oír. No solamente es mío el aparato de radio, sino que soy el señor que canta dentro y el que toca el piano y el que anuncia vermicifugos y el que recita versos. Cuántas habilidades me invento para que crezca mi prestigio ante tus ojos. Si no soy el más perfecto de los hombres ahora que sólo me conoces a mí, fácilmente podría engañarte otro cualquiera mañana, cuando pises el mundo con pie inseguro...

Ahí debo felicitarte: eres muy valiente. Te llevé al dentista, abriste sumisa la boquita y dejaste que te hicieran varias calzas sin un solo gesto de miedo. Tenías los ojos fijos en la maquinilla fresadora y tu manita derecha apretaba la mía para infundirte ánimo. Cómo te admiré ese día! Si supieras que yo sufro horriblemente cuando me pongo en manos de ese señor, y grito al menor dolor, y me muevo y salto, en fin soy de una vergonzosa cobardía. Por eso nunca permito que me acompañes en tales ocasiones: ya imagino tu carita de burla y de desencanto! No, no, para ti, yo sigo siendo el más valeroso de los hombres, el que se atreve a entrar al cuarto oscuro sin miedo al coco, el que les dice autoritariamente a los diablillos que salgan de la habitación porque la nena se va a dormir, el que se deja examinar del médico sin temblar y sin llanto.

Ahora déjame verte, así, en silencio. Son tan escasas las horas en que estoy contigo. Apenas te despiertas, en la mañana, vienes a mis brazos, pero tengo que dejarte pronto, porque debo acudir a mis deberes fuera de casa. Cada día creces más... Ya no eres un pequeño punto desolado en la camita... Vuelvo en las horas del medio día y no tengo el placer de almorzar a tu lado, porque aún no conoces todas las triviales reglas del tenedor y del cuchillo; mi paso por la casa en ese tiempo es tan fugaz que apenas oigo tu voz, casi siempre en forma de queja, porque te quieren obligar a

tomar una sopa espesa. Tal vez te duele no verme a tu lado, defendiéndote, pero es que tu madre tiene argumentos muy graves para dirigir tu alimentación... En cuanto a mí, si me fuera permitido hacerlo, te diría: cómo lo que quieras, hija, pues nada es más absurdo que torcer el gusto de las gentes y pretender convertir el placer de comer en un ejercicio de voluntad, contrariando naturales inclinaciones. Siempre he pensado que la gula es una reacción violenta contra las privaciones injustificadas a que se somete la niñez en materia de alimentos. Pero estoy divagando, qué sabes tú de gula, ni del pecado, ni de los excesos! Esa zona oscura de la vida te es por demás extraña y todo mi empeño de padre se concentra en un esfuerzo continuo para que nunca descubras los escabrosos senderos del mal. Cómo te ha crecido el cabello! Qué bien armonizan los sedosos hilos claros con la suavidad de tu rostro! Todo en ti es frágil como las cosas bellas, como los sueños profundos... Ya en la tarde, el descanso me roba tu compañía; papá, ¿qué me trajiste?, es tu saludo interesado; soy para ti una especie de Padre Noel con saco milagroso en cuyo fondo siempre hay un juguete. Quisiera enfrentarte al problema de la situación económica: ya te vería yo rompiéndote la cabeza contra los números para equilibrar el presupuesto de familia, y entonces comprenderías por qué no siempre hoy sonríes en los labios y cuán lejos está el juguete de mi voluntad por complacerte. Con el dinero que gasto en cigarrillos diariamente, podría comprarte un soldadito de plomo; pero comprendeme: el humo es un vehículo que trae tu imagen a mi mente durante las horas de trabajo; el cigarrillo es un obsequio que me hago en tu nombre... ¿Ahora sí me perdonas? Tengo inmensos deseos de ver tus ojos... si los abrieras... sólo un instante, sin despertar... no son pícaros, ni extraños, ni incisivos, ni expresivos, ni luminosos: son tiernos! Nada más. Así era el mundo cuando estaba en los brazos de Dios, el primer día.

Y viene la noche: ya la muñeca reposa en su diminuta cuna, el trompo se ha cansado de bailar y el payaso mecánico dobló su cuerpo para el descanso. El Ángel de la Guarda está de centinela bajo la mirada del Niño Jesús. Bostezas mientras te cambian el traje, tartamudeas una rápida despedida y confías en mi desvelo para dormir. Huyó otro día sin que tú me dieras su tiempo y sin que mi voz conquistara tu atención. Tic-tac hace el reloj; tic-tac dice tu corazóncito sereno, y se cierra la cortinilla de tu pensamiento. Quedo yo solo de ti y pensando en ti. Te veo entonces pequeña, en pañales, y evoco con alegría la voz apagada de tu llanto en los primeros instantes de tu vida; y luego, uno a uno los cortos episodios de tus años vuelven a mi memoria en dispersos retazos... Entonces me doy cuenta de que he estado demasiado lejos de ti, como si fuera un extraño, y siento envidia de quienes han gozado más íntimamente cada uno de los momentos en que se marcara tu toma de posesión de las cosas.

No he pensado nunca en tu porvenir: ¿soy acaso un padre imprevisivo? No lo sé y temo que lo sea. Pero quien se atreve a juzgarme debe primero saber que es tanta la dicha de verte pequeña, de saberte tierna, inexperta, confiada y suave, que toda mi capacidad de cariño se concentra en tu presente diario y todo el mañana tiene apenas la extensión de un día o se compendia en el paréntesis de una noche. Cómo distraer el pensamiento en el futuro desconocido si el hoy está lleno de ti que eres el centro único de mi interés... Sólo quiero que esta niñez plena sea un constante tesoro de recuerdos para ti y para mí. Tu nacimiento borró completamente las imágenes de mi pasado y me obstiné en ser niño rozando el hilo de la memoria. Vamos así de la mano, a descubrir el mundo y, seguramente, serán muchas las veces en que habré de apoyarme en tu hombro, para no caer...

¿Qué quería decirte? Ha pasado una hora y aún estoy aquí, sentado al borde de tu cama, oyendo tu respiración. Una vez más escruto tu rostro con esa ansia angustiosa que tiene la mirada humana cuando quiere aceptar una imagen fugaz, porque nunca son iguales las expresiones de tu belleza, porque en ti crece la vida presurosamente, destruyendo y creando formas de hermosura... Y una vez más tengo los ojos húmedos, porque las lágrimas son el mejor testimonio de mi felicidad.

RADIO CADENA BOGOTÁ

SU PROPAGANDA HAGALA EFECTIVA

NOS OYEN EN TODO EL MUNDO!

- RADIO CRISTÓBAL COLÓN H.J.K.M. 740 KCLS.
- LA VOZ DE BOGOTÁ H.J.C.E. 870 KCLS. H.J.C.F. 6240 H. ONDA CORTA.
- RADIO ESTRELLA H.J.K.O. 1000 KCLS.
- ECOS DEL TEQUENDAMA H.J.C.K. 1290 KCLS.
- MIL VEINTE H.J.C.C. 1020 KCLS.

R. C. B.

NO ES UN SLOGAN: ES UNA CADENA EFECTIVA

...de mayor **PRESTIGIO**

Encienda un **PIELROJA** sabor que sabe bien